de 1877. La víspera había asistido á sus cátedras y hablado á sus amigos, con el mismo buen humor, con la misma jovialidad de siempre. Los médicos atribuyeron su muerte á una angina de pecho.

La noticia de su muerte causó honda emoción en el ánimo de sus numerosos amigos. Muchas personas pobres á quienes protegía en sus necesidades hubieron de sentir su pérdida y de atestiguar de mil maneras el afecto que le profesaban. Su carácter extraordinariamente jovial y comunicativo era á propósito para conquistar simpatías.

Los que le oían una vez, quedaban encantados de su franqueza, prendados de su ingenio y asombrados de su vasto saber. Sólo podía, con justicia, tachársele de su poco cuidado en la observancia de las reglas de la cortesía y de las fórmulas sociales.

Un hombre que lejos de su patria y familia parecía destinado á morir en el abandono y el aislamiento, si murió solo, fué efecto de lo imprevisto de su mal; mas fué sentido y llorado por sus muchos discípulos y acompañado á su sepulcro por multidud de personas de todas las clases de la sociedad. Orizaba estuvo de duelo el día de su muerte. ¡Tanto pueden las altas dotes de la inteligencia, cuando van unidas á las nobles prendas del corazón!

DISCURSO OFICIAL

pronunciado en la solemne distribución de premios á los alumnos de los Colegios y Escuelas del Cantón de Orizaba, verificada la noche del 2 de Enero de 1883. [1]

---

[1] La idea fundamental de esta alocución está tomada de la magnífica obra de Monseñor Dupanloup sobre "La Educación."

SEÑORES:

NI la consideración de mis escasos méritos, ni el temor de repetir conceptos ya enunciados por mí en las repetidas veces en que, con motivo de una festividad cual la presente, me ha tocado ocupar esta tribuna, han sido parte á hacerme declinar la honra que la Junta Académica de mi Colegio me ha generosamente dispensado, encargándome de dirigiros la palabra en esta noche. Si estas circunstancias debieran alejarme de este sitio, al cual nunca he venido sino para cumplir con mis deberes oficiales, y mi voluntad siempre firme y constante en servir á la juventud, me atraería á él, llevándome sin es-

fuerzo á hablaros de un asunto, que tiene para mí tantos encantos, y dándome aliento para vencer las dificultades de mi empresa.

¡Difícil es la situación en que actualmente me encuentro! A lo desautorizado de mi palabra hay que añadir la necesidad de encerrar dentro de los estrechos límites de una breve alocución las sérias y graves consideraciones á que dá lugar el asunto de que voy á ocuparme; el temor de abusar de vuestra paciencia ya harto cansada por lo mucho que se ha prolongado esta solemnidad, y más que todo, la dificultad de presentaros bajo una forma nueva, ideas ya conocidas pero en las cuales juzgo conveniente insistir, porque creyéndolas verdaderas y saludables, sentiría que cayesen en olvido. Trayendo á vuestra memoria el recuerdo de vuestros primeros años, he procurado alguna vez despertar en vuestras almas las más vivas simpatías en favor de la niñez desvalida; os he dado á conocer también la importancia que en el órden social tiene la educación de esos jóvenes tan llenos de ilusiones y esperanzas, cuyas mentes se abren candorosamente al soplo de todas las doctrinas, cuyas almas se encienden con tanta facilidad al calor de todas las pasiones. He intentado por último, bosquejar ante vuestra vista el cuadro de la vida del profesor

de esa vida, si llena de encantos, no exenta de amarguras, sí movida casi siempre por generosos impulsos, sujeta muchas veces á tristes desfallecimientos; vida tan humilde, tan modesta, tan poco conocida en lo que tiene de más íntimo, como de ordinario mezquinamente recompensada. Después de haber dicho todas esas cosas, ¿qué más podría añadir?

Sin embargo, señores, es tan fecundo el asunto de que debo hablaros; el espectáculo que tenemos ante nuestra vista conmueve tan profundamente nuestros pechos; habéis mostrado siempre tanto interés y tanto afán por los adelantos de la niñez y la juventud, que todavía, aun reconociendo y confesando en alta voz mi insuficiencia, me atrevo á creer que podré presentaros algunas nuevas consideraciones, si os dignáis concederme vuestra atención. Me parece que conturbados vuestros corazones por los mismos afectos que conmueven el mío, esperáis oir brotar de mis labios palabras de amor y bendición, sobre esos tiernos niños, que son hoy el encanto de nuestra vida, que serán mañana el consuelo y el apoyo de vuestros últimos años.

Voy á satisfaceros, señores, en cuanto me es posible, concretando en obsequio de la brevedad, mis observaciones á un solo pun-

to: quiero presentaros la obra, la grande obra de la educación como una obra de abnegación y de amor por parte del maestro; como una obra de sumisión y de respeto por parte del discípulo.

¡Tristes y á la par gloriosos son los destinos de la humanidad! Condenado el hombre á pasar como una sombra por el vasto escenario del mundo, puede dejar, sin embargo, por su pensamiento, por sus palabras y por sus obras una huella luminosa que señale á las nuevas generacionos el camino que deben de seguir. Nacido en la desnudez, desprovisto aun de los medios necesarios para conservar su existencia, encuentra, no obstante, al llegar al mundo, una madre cariñosa que escuche alborozada su primer vagido, que enjugue sus primeras lágrimas, é imprima sobre su frente un ósculo, que es, según la hermosa expresión de un escritor contemporáneo, el primer sacramento de amor. Desprovista su inteligencia de toda idea é inclinada su alma á buscar ante todo las satisfacciones de los placeres egoistas, halla sin embargo, en los albores de la vida quien le entregue el rico tesoro de los conocimientos adquiridos por las generaciones que le han precedido en el largo transcurso de los siglos, quien inculque en su mente la idea santa del deber, y

eleve su alma á la más altas manifestaciones del amor.

Así el niño se encuentra rico en medio de su pobreza, puede llegar á ser fuerte á pesar de su debilidad, es poseedor de vastos tesoros intelectuales cuando antes carecía aun de las nociones más comunes, y siente satisfecha, por los dulces afectos de la familia, esa sed insaciable de amor á sus semejantes que le causará después tantos pesares, pero que será también el orígen de sus más grandes acciones.

En estos primeros pasos en la carrera de la vida necesita el niño de una autoridad que lo guíe, de un amigo fiel que le aconseje, de una sombra protectora que le ampare. La autoridad paterna, la primera entre todas las autoridades, la única quizá cuya legitimidad no haya sido puesta en duda por el espíritu esencialmente investigador de nuestro siglo, no es siempre suficiente para proporcionar al niño toda clase de enseñanzas. Aquí viene el maestro en ayuda del padre. Encargado casi exclusivamente, según lo exige en las sociedades civilizadas, la distribución de los servicios sociales, de lo que podriamos llamar la parte puramente técnica de la enseñanza, no por eso puede permanecer extraño al desenvolvimiento de las facultades morales del alumno. Con

una autoridad menor que la del padre, pero sí con la que le dán su celo, su amor á la niñez, la experiencia de una larga vida y tal vez la aureola de martirio que embellece una existencia consagrada al servicio de sus semejantes, ayuda, aconseja, dirije con paternal bondad los primeros pasos del niño ó del jóven, fundando una paternidad que tiene esto de singular: que nunca acaba, que se renueva sin cesar, porque notadlo bien, la autoridad paterna en lo que tiene de más tierno encuentra un límite natural en la emancipación del hijo, en su separación de la casa paterna para fundar una nueva familia; pero la autoridad del maestro está siempre en ejercicio porque siempre se le vé rodeado de esos pequeños séres; inocentes y débiles, ignorantes aún de los bienes y de los males de la vida, suceptibles de recibir todo género de impresiones, alegres cuando él está triste, bulliciosos y alborozados cuando él está sombrío, llenos de actividad y de vida, cuando él mira con tristeza contados sus últimos días y próxima á perderse su existencia en las sombras del sepulcro.

¡Cuán grande, cuán augusto, pero también cuán penosa es el ministerio de la enseñanza para el que sabe comprenderlo dignamente! Acallar con manos firmes las

palpitaciones de un corazón turbado por las constantes agitaciones de la vida, hacer desaparecer de la frente las huellas que en ella imprimen los dolores que amargan la existencia; olvidar la pobreza, la miseria, los cuidados de la familia, los cambios de la fortuna, y tal vez los ataques de la envidia ó los tiros de la calumnia; hacerse superior al desdén de la sociedad ó á la ingratitud de los mismos en cuyo bien el maestro se sacrifica; contemplar con dulce y tranquila mirada una vida que crece, sin preocuparse de la pobre vida propia que decae, hacer todo esto, repito, con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, sin sentirse turbado por las ambiciones que agitan á los hombres, ni por la sed de riqueza y honores, causa de sus discordias, no esperando otra recompensa sino la satisfacción de la conciencia propia y un recuerdo en la memoria de las generaciones crecidas á su sombra; he aquí, señores, los tesoros de abnegación y de amor que deben albergarse en el alma del maestro y que fundan los títulos legítimos de una autoridad indisputable. Destinado el maestro á tratar continuamente con los niños y los jóvenes, necesita tener una alma dotada, como alguna de las deidades de la fábula, de una juventud eterna, sensible á los encantos de la inocencia, dispues-

ta siempre á secundar las nobles y desinteresadas aspiraciones de la juventud.

Pero esta autoridad aunque grande y legítima, necesita para que sea eficaz, ser reconocida y proclamada en alta voz; y he aquí por qué he dicho que la educación es por parte del discípulo una obra de sumisión y de respeto. El respeto, señores, es un grande y fecundo sentimiento que no enaltece menos al que es objeto de él, que á quien lo tributa con lealtad. Este noble y digno sentimiento que debemos esforzarnos en inculcar á la juventud con tanta mayor razón, cuanto menos se le conoce ó se afecta despreciarle, es á mi juicio el gran resorte de la educación. Está fundado en el reconocimiento de una superioridad legítima, tiene por base la estimación de las cualidades agenas, no es mas que el homenaje, muchas veces involuntario, que tributamos á la edad, al saber ó á la virtud, y nada tiene de común con esa cobarde adulación ni con esa sumisión servil tan contrarias á la propia dignidad. Felizmente aun quedan en el mundo muchas cosas dignas de respeto. ¡Desgraciado de aquel para quien nada haya respetable, y desgraciadas las sociedades donde este sentimiento llegara á extinguirse por completo! Nosotros respetamos y debemos esperar que respetaremos siem-

pre, la memoria de nuestros padres, la inocencia y el candor de nuestras hijas, las generosas ilusiones de la juventud, la santidad del hogar doméstico; la ciencia de los sabios, la grandeza de los héroes, la virtud de tantas humildes existencias perdidas en la obscuridad y cuyos débiles gemidos son ahogados por el ruido estrepitoso del mundo. La niñez misma ha sido objeto en todos tiempos de particular veneración y la antigüedad clásica nos ha legado aquellas hermosas palabras que he tenido ocasión de recordar en otra vez: *magna pueros debetur reverentia*. (Un gran respeto se debe á la niñez.)

Aplicando, pues, estas ideas generales, al asunto de que tratamos, debemos concluir que si la obra de la educación es por parte del maestro una obra de abnegación y de amor, es también por parte del discípulo una obra de sumisión y de respeto.

En el desenvolvimiento de estas ideas que por la brevedad del tiempo no he hecho mas que apuntar ligeramente, se contiene, á mi modo de ver, toda una teoría acerca de la educación. Fundada en ellas, esta será eficaz y corresponderá á los sacrificios de los padres de familia y á los generosos esfuerzos de los Gobiernos. Sin esta base, temo

mucho que no produzca sino mezquinos é incompletos resultados.

Felizmente, señores, la atención pública se fija ya con inquieto anhelo en todos los problemas que á la educación de la juventud se refieren. Los más profundos pensadores de nuestra época no creen indigno de sus altas dotes intelectuales, consagrar á este asunto sus más prolijos estudios, y hemos visto en nuestros días á hombres eminentes descender de los más altos puestos de la Administración ó de la Política para consagrarse á las modestas tareas de la enseñanza.

El esplendor con que de algunos años á esta parte se vienen celebrando entre nosotros estas fiestas; la participación que en ellas toma la sociedad entera, alentando con sus aplausos á la juventud estudiosa; los estímulos que á esta tan generosamente se prodigan, y el interés que por ella muestran todos los gobiernos ilustrados; son hechos que revelan el convencimiento íntimo que todos tenemos de que la educación de la niñez y de la juventud será para nosotros el origen de incalculables bienes.

Al terminar esta mi sencilla y breve alocución, en la cual he querido llamar vuestra atención sobre un asunto que tanto os interesa, me linsojea la creencia de que no juzgaréis éstas mis sencillas palabras del todo indignas de la atención que tan bondadosamente me habéis concedido. Creo que todos convendréis conmigo en que sin la abnegación y el amor por parte del maestro, sin el respeto y la sumisión por parte del discípulo, la obra en que con tanto afán trabajamos quedaría trunca é incompleta; mejor dicho, carecería de una base sólida en que poder asentarse.

Yo os felicito, señores y señoras, á todos los que, teniendo á vuestro cargo un establecimiento de enseñanza, habéis venido en esta noche acompañados de vuestros discípulos á participar de sus triunfos como antes habéis participado de sus afanes. Os felicito porque habéis demostrado que tenéis la conciencia de vuestros deberes y de la grandeza del encargo que la sociedad os ha confiado; que ejercéis dignamente el alto magisterio de la enseñanza; porque habéis trabajado con fé y constancia en la grande obra de la educación. Felicito también al Gobierno del Estado que tan noblemente secunda vuestros esfuerzos, y por lo que hace á los alumnos confiados inmediatamente á mi cuidado, sin pretender ni por un momento que en mí se encuentren los rasgos que he bosquejado y que á mi juicio constituyen el elevado carácter y la legítima su-

perioridad del maestro, reconociéndome, por el contrario, el último por sus cualidades personales en la gloriosa serie de hombres ilustres que han dirigido este Colegio, al felicitarles cordialmente en esta noche, sólo les ruego que no olviden la enseñanza que contienen mis palabras. Su triunfo será completo si á los adelantos científicos que en este año han alcanzado añaden la modestia, la sumisión, la gratitud, y todas esas hermosas cualidades que tanto realzan al méto del saber, si continúan con paso firme en la senda del honor, para llegar á ser con el tiempo, después de haber sido motivo de justa satisfacción para sus familias y de legítimo orgullo para nuestro Colegio, la gloria y el ornamento de la Patria. -- DIJE.

LA LITERATURA REALISTA.

Estudio leido en una de las sesiones de la Sociedad Sánchez Oropesa.

[Abril de 1883.]